

Veinte de octubre del noventa y cuatro

En el andén dieciséis
aguardas hoy desesperada,
de tus quince años cansada,
al tren de la vida.

Tu mirada persigue impacientada
el maldito movimiento de una aguja loca,
que a cada vuelta, te roba
sesenta suspiros de tu boca.

En la estación de adolescencia,
tus piernas rítmicamente tiemblan
al escuchar la retirada
del tren de la inocencia.

Sientes cerca de tu alma
una voz que de pronto exclama:
**«Efectuará su salida
el tren con destino a juventud.»**

CUENTO

Cuando era moda llevar los mocos por fuera

Estábamos una tarde en la Zafrilla catando los corazones de las sandías. Serían las seis. Francisco, *el Paco*, que tenía prontos, dijo: «Marica el último». Y le entró el súbito de echar a correr y montarse en la bici y pedalear. Todos hicimos lo mismo. Las bicis pesaban catorce kilos de cuerpo muerto o ferroviario y, como juanes palomeros, éramos jornaleros o gregarios de nuestro propio destino. Nada más entrar al puerto de las callejas del Conejar, los primeros repechos sirvieron para que el grupo compacto se fragmentara. El pelotón de cabeza, es decir, *el Paco*, perdía unidades. José, *el Pepe*, que usaba tirantes, hacía la goma. Pasé de mi cómoda cuarta posición a la octava y seguía descolgándome. En la cima iba el último. Comencé a pedalear como si el diablo me persiguiera. Esto del diablo era la técnica para concentrarme y pedalear más que ninguno: imaginaba al maligno detrás con sus rojizas garras llameantes y sus fauces babosas de par en par queriendo engullirme; los días que estaba centrado podía percibir su fetidez, el demonio huele a carburo o a melón podrido, depende. Y aceleraba hasta límites insospechados, como si llevarse un avispero en el culo. Me lancé a tumba abierta cuesta abajo y sin freno. Aquel día el sol era del enemigo traidor y sin la gorra de los piensos me deslumbró y no apreció la piedra bestial en el camino, choqué de pleno. Paré en seco. Coroné el espacio con un bucle y caí, como se cae en estos casos, de espalda y con la bici encima. A lo lejos se divisaba el grupo como un eco que se iba, era tal la distancia que

empezaba a oler a niña. Con la distancia, o las ganas, empezaron a perseguirme dos diablos.

No quise atravesar el charco de agua emponzoñada que había en medio del camino y preferí, no sé por qué, cruzar por el puente. El puentino tiene forma de una ele acostada y es de tierra, en verano la tierra es más arena y desleal. En la esquina de la base de la escuadra patinaron las dos ruedas por culpa de uno de los satánicos, el otro tiró de mí para descalabrarme. En mi planeo a ras de suelo fui recogiendo toda clase de defecaciones hasta que aterricé en medio del agua marrana. El líquido se tiñó de un rojo sospechoso. Caí boca abajo. Gracias al Ángel de la Guarda, que iluminó mi mente, pensé que debería darme la vuelta, pero me faltaban o me fallaban las fuerzas. Me asaltó un pensamiento profético: «Bébetelo el agua». Y bebí bebí hasta que el charco quedó seco seco. En el interior de mi persona evolucionó un ecosistema con juncos, limo, ranas, renacuajos, algún pececillo, un grillo, hasta una lagartija trajinaba por allí. El aire avanzaba por las fosas nasales y tomaba por las avenidas bronquiales no sólo hasta la central respiratoria, también hasta dos arbolitos que crecían cerca del bazo y varias florecillas silvestres entre la vesícula y la vejiga, los cuales transformaban el anhídrido carbónico en oxígeno. Me sentía preñado de esencias.

Cuando regresaba para que me curasen, a la entrada del pueblo, una casita estrecha y breve era devorada por las llamas. Arropada por las rabiosas lenguas azulonas parecía una parte de Pandemonium. Por educación recibida soy solidario con las víctimas de las catástrofes naturales y con los chinitos. «A mear —dije—, a mear». El grillo salió de culo porque se ahogaba; las ranas y los renacuajos y los pececillos salieron con tan buena fortuna que cayeron en un cubo de zinc; la lagartija no sé. La incendiada casita surtía de hongos de humo y tufos a la atmósfera. Humo negro que no cabía en el cielo. Al poco tiempo una gaseosa espesura carbonera impedía ver cualquier adoquín a dos palmos. Sobre vino la locura, la agitación absoluta, el delirio escatológico. Bestias y hombres corrían como lunáticos. Se movían desencajados, con los gaznates abiertos sin ton ni son y se arañaban y se tiraban de los pelos y daban ciegos manotazos de ciego y aullaban: gritos de histeria colectiva que rebotaban en otros gritos de más histeria general. Era horripilante. Gritaban desgargantados, El final del mundo, el final del mundo, o No veo, no veo o cosas peores... Fue el dislate y la parálisis, fue la demencia y la cataplexia, fue el producto insano y nocivo de una humareda

húmeda y de una peste clorofórmica ocre y áspera de meado tostado o de basurero. Pero no todo el mundo es tan sensible. Rogelio, *el Roge*, que fue legionario en la Legión Extranjera, y malvivía como soldado de fortuna, quiero decir de furtivo, era poseedor de una enfermedad inconfesable y tenía carámbano en la sangre. Rogelio, *el Roge*, con un pensamiento negro humo pensó negro que aquello era como un negro apagón de Nueva York. Se lanzó a la violencia callejera, al desenfreno de los instintos, al robo, a la gula, al deseo de los bienes ajenos y de la mujer del vecino. Se puso morado o perdido. Rogelio, *el Roge*, se puso aquel día las botas. Me alegré por él, tan rojo y tan depresivo ya era hora que le ocurriese algo bueno.

Cerca de allí había un diablo con las manos metidas en los bolsillos, que es la peor manera en que pueden estar. En ese estado de vaguedad se dedican a dar rabazos para matar moscas; también le llaman a ese golpe tentación. Aquel diablo que llevaba las manos en los bolsillos, cuando vio tanto humo aciago —el fuego se había producido debido a un cortocircuito: por culpa de la inapetencia de ella y el ardor de él algo prendió en un jergón y se extendió rápidamente debido a la gran cantidad de desengaño combustible que acumulaba la vivienda— se acercó disimulando por si tenía que ampliar el desbarajuste. Cuando comprobó que las aguas menores extinguían el desconcierto, me miró con desprecio arrogante y, ofuscado de endemoniada ira, arrancó de raíz un árbol centenario y me lo arrojó para que me aplastase. Mi ángel de la guarda —¡es la leche este ángel que me han puesto!— estaba al quite; tiró de mí y me apartó del lugar. Me dijo con voz angelical, que es como hablan los ángeles: «Anda, márchate un ratito para casa que voy a tener que hablar con tus padres». Más tarde me llamó el edil de Interior para decirme que qué era eso de poner petardos en las alcantarillas...

ANTONIO G. MOGOLLÓN